

Recensión:

Tedesco, J.C. (2014). *Educación en la sociedad del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica. 120 páginas. ISBN: 978-607-16-1947-1

Germán Iván Martínez Gómez *

Escuela Normal de Tenancingo

En el año 2000, Juan Carlos Tedesco advertía en su libro “Educar en la sociedad del conocimiento”, de cambios constantes, transformaciones profundas, transiciones y “nuevas formas de organización social, económica y política” (p. 11). Catorce años después, este libro, que apareció editado originalmente en Argentina, se edita en México y tiene una vigencia extraordinaria, pues las reacciones y resistencias a la innovación y la modificación de reglas, normas y roles, dentro y fuera de las instituciones que entonces refirió el autor, han dado cuenta de un escenario complejo que ha hecho del conocimiento una fuente de poder y de la educación una variable de intervención que sigue teniendo un papel fundamental y estratégico para impulsar otros sectores.

Pero, como advierte Tedesco, en una “sociedad y una economía basadas en el uso intensivo de conocimientos [se] producen [paradójica y] *simultáneamente* fenómenos de más igualdad y de más desigualdad, de mayor homogeneidad y de mayor diferenciación” (p. 15). Injusticia, marginación, pobreza, desempleo y subempleo, delincuencia, etc., son problemas que hoy coexisten con un nuevo fenómeno social: “la *exclusión* de la participación en el ciclo productivo” (p. 18). Esto, dice, acarrea precariedad en las condiciones de trabajo: trabajos mal remunerados y de tiempo parcial, contratos temporales o interinatos que no le dan certeza laboral al trabajador.

Desde su perspectiva, estábamos desde aquellos años transitando de una sociedad vertical a una horizontal. En la primera había explotación; en la segunda, exclusión, y con ella una ruptura. Y tenía razón. Los países aún viven divididos entre quienes tienen acceso a la información y al conocimiento y los que sólo son usuarios o, incluso, ni siquiera a eso pueden aspirar. La brecha entre unos países y otros no sólo se hace más ancha sino cada vez más profunda. Los países industrializados y los subdesarrollados se distancian cada vez más, entre otras razones, porque la generación y aplicación del conocimiento no se comparte con aquellos países que aún dependen económica, política e incluso espiritualmente de los países en avanzada.

Asimismo, no es difícil reconocer que el número de pobres ha aumentado, el analfabetismo no se ha erradicado, la atención y educación de la primera infancia no se ha cubierto a cabalidad, la escolarización en enseñanza primaria, si bien ha crecido, presenta aún altas tasas de deserción, reprobación y repetición. Aunado a esto, el aprendizaje de los jóvenes es insuficiente y la cualificación de los docentes es puesta en tela de juicio. También es fácil advertir que la desigualdad entre los sexos es aún una

*Contacto: german_img@yahoo.com.mx

triste realidad; como lo es también la falta de financiamiento a las universidades y centros de investigación, el cuestionamiento de la calidad de la enseñanza, la resistencia al cambio, el anquilosamiento de las instituciones, la rutinización de los quehaceres, la sobreadministración o burocracia excesiva y el malestar docente que, ligado ahora al malestar directivo y estudiantil, se traduce en un malestar generalizado.

Tedesco afirma que la globalización económica “reduce la capacidad del Estado para definir su política monetaria, su presupuesto, su recaudación de impuestos y la satisfacción de las necesidades sociales de su población” (pp. 32-33). Esto lo lleva a pensar en una crisis del Estado-nación que puede desembocar –como hemos comenzado a notar–, en xenofobia, falta de solidaridad, individualismo extremo, inconformidad, protestas, desintegración (social, política y cultural), marginalidad y, por ende, diferenciación y segmentación social. Piensa por ello que fortalecer la cohesión social es el principal objetivo de la escuela, sobre todo si consideramos que las transformaciones culturales han traído consigo cambios en la familia donde los vínculos entre padre y madre, y entre éstos y sus hijos, eran indisolubles. Sin embargo, hoy la estructura familiar no es sólida y presenta diversos fenómenos: “expansión de la familia nuclear, reducción del número de hijos, crecimiento de las uniones libres y del número de hijos que viven sólo con uno de sus progenitores (mayoritariamente la madre), ausencia de la figura paterna, disociación entre padre biológico y padre psicológico” (p. 42). Pero ligada al eclipse de la conyugalidad y la filiación, como llama a los vínculos arriba referidos, está también la aparición paradójica de dos impulsos que tiran para lados contrarios: la necesidad de autonomía cultural y material que experimentan los jóvenes a más temprana edad y una estancia más prolongada con sus padres que nos hace pensar en una caída en el infantilismo; esto es, en la credulidad, la dependencia, la desorientación, la permisividad y, lo que es peor, la inmadurez.

Juan Carlos Tedesco ha reconocido que el “aumento de la desigualdad, la polarización social, la exclusión, etc., son los resultados de un sistema institucional que no se hace responsable del destino de las personas” (p. 54). Por ello considera que “el papel de la educación y del conocimiento en la formación del ciudadano implica incorporar en los procesos educativos una mayor orientación hacia la personalización del proceso de aprendizaje, hacia el desarrollo de la capacidad de construir aprendizajes, de construir valores, de construir la propia identidad” (p. 55).

La democratización del acceso al conocimiento, el aumento de la reflexividad social, el reconocimiento de nuestra multiculturalidad y la aceptación del cambio y la incertidumbre como características de nuestro tiempo, nos han de llevar a entender, piensa el autor, que “la educación no es sólo escolarización” (p. 57). Ahora, subraya Tedesco, “será necesario educarse a lo largo de toda la vida para poder adaptarse a los requerimientos cambiantes del desempeño social y productivo” (p. 62). El trabajador deberá entonces calificarse y recalificarse no sólo para no ser excluido sino, igualmente, para ser pronto reclutado.

Una educación pertinente será aquella que dote al estudiante de un cúmulo de conocimientos, habilidades, destrezas, aptitudes y actitudes que favorezcan el aprendizaje permanente; y lo dote, además, “de los instrumentos y de las competencias cognitivas necesarias para un desempeño ciudadano activo” (p. 63). Es este desempeño el que habrá de obligarlo a insertarse socialmente y el que formará, también, su sentido de solidaridad y de pertenencia.

Tedesco considera la escuela como un lugar privilegiado para formar una identidad compleja. Pero para ello, ésta ya puede estar encerrada en sí misma; “ya no puede mantenerse aislada, ignorando las transformaciones que se han producido en el ámbito de la familia, de la empresa y de los medios de comunicación” (p. 67). Debe “aceptar que su tarea es llevar a cabo en forma consciente y sistemática la construcción de las bases de la personalidad de las nuevas generaciones” (p. 67). Personalidad que, para ser fuerte, ha de considerar “la reconversión profesional continua” (p. 73), el desarrollo y perfeccionamiento de competencias cognitivas, el uso adecuado de las nuevas tecnologías, “el manejo de al menos una o dos lenguas extranjeras y el manejo de la dimensión internacional de los problemas” (p. 76).

Lo anterior lleva a pensar en la necesidad de una transformación de las universidades en particular y en las Instituciones de Educación Superior en general. Transformación de su currículo, de sus modelos de enseñanza y sus formas de aprendizaje, de sus mecanismos de evaluación, acreditación y certificación. Desde luego, también es preciso repensar las nociones de autonomía y libertad académicas, así como el vínculo entre las universidades, la sociedad y el sector productivo; la docencia y la investigación científica, humanista y técnica, entre otros aspectos.

Hoy, nos deja ver el autor, frente a la prolongación de los ciclos de estudios se halla la desvalorización de la educación como vía para ascender socialmente, lo que se ha traducido en frustración, desencanto y pérdida de sentido. Por ello, dice, “una de las responsabilidades de la universidad, de los intelectuales y del propio Estado, consiste en *responder a la demanda de sentido que la sociedad contemporánea está requiriendo*” (p. 81).

El aumento de la inversión educativa, el otorgamiento de mayor autonomía a las escuelas y el énfasis que se pone en la educación como estrategia de desarrollo son tendencias en América Latina que buscan mejorar la enseñanza y el aprendizaje de los estudiantes. Sin embargo, ahora se reconoce que “una parte de la explicación del problema de las dificultades para elevar los resultados de la acción escolar está vinculada con el *deterioro de las condiciones de educabilidad con las cuales los alumnos ingresan a la escuela*” (p. 92). Esto es, el rendimiento escolar y el aprovechamiento académico de los estudiantes, no son aspectos independientes de las condiciones y los condicionamientos geográficos, económicos, políticos y socioculturales que acompañan a la educación y a sus actores. Así, el desarrollo cognitivo básico de los niños y la socialización primaria son factores vinculados directamente a las condiciones de vida de los alumnos y a sus posibilidades de éxito en la escuela.

Esta convicción lleva a Juan Carlos Tedesco a sostener que es preciso dar más prioridad a la educación inicial y a poner mayor atención a la dimensión afectiva del aprendizaje y la formación ética, es decir, a los factores no directamente cognitivos. Sabe que una mayor equidad social no depende de dotar de mayores recursos a la escuela, dar más libertad a los maestros, prepararlos mejor, revisar los contenidos curriculares, cambiar los métodos pedagógicos y los materiales y recursos didácticos, sino concebir al alumno como el actor central del proceso de aprendizaje y “diseñar estrategias destinadas no sólo a compensar diferencias en el nivel económico sino también en el nivel *afectivo*” (p. 110). Por ello sugiere que una política educativa integral ha de considerar que el cambio institucional es necesario pero no suficiente; se precisa un cambio pedagógico que atienda la formación de los maestros e impuse su capacidad no ya para transmitir conocimientos sino para producirlos y actualizarlos a lo largo de la vida. Y es que, como

sentencia el autor, “el papel de los docentes no puede seguir siendo el mismo que en el pasado. Su función es [ahora]... enseñar *el oficio de aprender*” (p. 105).